

EL ÉXITO

Autor: Joan Baptiste Torelló

Publicado en su obra: *Psicología Abierta*, Ed. Rialp, Madrid 1972.

No sin sorpresa nos enteramos de vez en cuando que hombres y mujeres, a quienes se diría había sonreído la suerte, atentan contra su propia vida. Personajes mundialmente conocidos que descollaban en los más diversos campos de la sociedad, dé la cultura o del deporte, y que al parecer habrían podido dormir serenamente-sobre los laureles conquistados, se muestran de pronto agarrotados por la más negra melancolía y vuelven repentinamente las espaldas al gran teatro del mundo. ¿Qué dios o qué «daimon» tan misterioso es el éxito, que devora sin piedad a sus mismos hijos?

Sin embargo, lo codiciamos y lo perseguimos todos denodadamente. Desde la infancia lo soñamos sin cesar. Hemos sido educados, más o menos explícitamente, a esta adoración incondicionada del éxito. Los padres pretenden que los hijos alcancen lo más rápidamente posible las más altas metas vitales —naturalmente según su escala de valores—y manifiestan su descontento, su irritación y aun su desolación, cuando un hijo se muestra inclinado al juego, a actividades creativas o incluso a la «ociosa fantasía», en vez de dejar pelo y piel en el estudio, en los negocios del padre o en los ideales de la madre. Se confunden felicidad y realización del ser con el brillo del éxito. Se fomenta la fe—supersticiosa—en la coincidencia de bien y triunfo. Y no se trata solamente de egoísmo paterno o materno sino, sobre todo, de la tozudez burguesa, de un voluntarismo tan ciego como cargado de buenas intenciones. Desilusión y fracaso significan en este marco dolor por antonomasia, no tanto por el bien no logrado, cuanto por el despecho ante una realidad que no se deja plasmar por anhelos y proyectos personales.

Lo que se entiende por «éxito» depende de la educación recibida y de la escala de valores dominante en cada grupo social. La muchachita peripuesta lo colige del silbido admirativo del piropoador de turno; el actor, de la duración de los aplausos al final de su actuación; el escritor, de la tirada de sus libros; el comerciante, de la ganancia cosechada; la estrella de cine, del tamaño de las letras con que se escribe su nombre en los carteles, el general, de la rapidez con que sus tropas derrotan al enemigo; el deportista, de los segundos o décimas de segundo que le

separan de sus competidores... El éxito es perfectamente mensurable y registrable, una estricta matemática lo circunscribe.

El éxito ama a quien lo ama y se aleja desdeñoso de los que se afligen excesivamente por las heridas que el destino les infringe y ven por todas partes peligros y celadas. El optimismo prepara el éxito, mientras que el miedo y los sentimientos de inferioridad conducen casi fatalmente al fracaso.

A su vez, es el éxito uno de los tónicos más eficaces. Pero no hay que dejarse engañar: es demasiado mensurable y calculable para alcanzar el rango de lo cabalmente humano. Precisamente su mensurabilidad le coloca en un plano extremadamente ambiguo. Muchos ven en él un claro índice del talento, de la inspiración, de la diligencia y aun de la virtud...; pero ninguna de estas cosas pueden, en realidad, ser expresadas y verificadas en términos matemáticos. **El éxito se ancla necesariamente en la temporalidad, en la fragilidad y caducidad de todo lo que es esencialmente intramundano.** La felicidad, por tanto, no puede coincidir con el éxito: el éxito es historia, signo de lo inicial, mientras que la felicidad tiene siempre un carácter final; el éxito es siempre anécdota, la felicidad es zancada que franquea el umbral del tiempo y se introduce en la eternidad, casi participación anticipada de la misma (J. Pieper).

El vino del éxito es tan fuerte que fácilmente embriaga, desata la pasión e intoxica, esto es, conduce a la absolutización de su valor, en sí mismo tan modesto. El hombre de éxito emprende muchas cosas, pero comprende muy pocas, sumergido como está en las espesas nieblas de su embriaguez. Quiere eternizar momentos estelares de la existencia, pero bloquea de hecho la verdadera vida del espíritu. Reclama constantemente aprobación y admiración, vive de renta del pasado, se imita a sí mismo sin fin y se hace fetichista de su propia fama. No conoce la autocrítica y poco a poco se momifica: la sonrisa satisfecha, segura y vacía de los triunfadores: políticos, artistas, deportistas, bellezas de concurso, etc.; es la mueca de la idiotez en que se estanca muy a menudo el éxito. La megalomanía constituye con frecuencia, aun entre ambiciones de una cierta altura, la puerta de acceso hacia la más penosa demencia.

El espíritu de competencia, que caracteriza nuestra civilización occidental, fomenta, según Karen Horney, el ansia de aventajar a los demás cueste lo que cueste, de modo que la actitud de muchos hombres de nuestro tiempo se parece a la de los «Jockeys» en las carreras de caballos: «lo único que importa es llegar antes que los demás». Esta postura tan simplista lleva inevitablemente a la pérdida o al menos a la disminución del interés por las cosas mismas. No importa tanto el sentido de una actividad cuanto el suceso, la eficacia y el prestigio que de ella pueden recabarse. De este humus ponzoñoso se alimentan toda clase de comportamientos estrafalarios, «originales», insólitos, insolentes y cínicos, tan sólo devotos y prosternados ante el ídolo del éxito clamoroso.

Los ávidos de éxito son, en el fondo, gente débil, a quienes el éxito aparece como la única solución para sus problemas vitales. El genio verdadero, el espíritu auténtico, el valor y la virtud genuinos no tienen, en efecto, ninguna necesidad del

éxito. Se podría afirmar que el bien y los valores humanos más altos se revelan en el ámbito histórico de la relatividad y de la temporalidad, particularmente «asténicos» e incapaces de imponerse. Los impulsos más primitivos prevalecen sin ningún esfuerzo; la salud y la belleza deben cuidarse sin cesar; la verdad sobrevive «acatarrada y aun muda», como decía Gracián entre mil contradicciones; el amor exige ordinariamente sacrificios considerables. Niños y niñoides no lo advierten porque se aferran al mundo con las armas despuntadas del «pensamiento mágico»: para ellos, lo que es bueno debería ser forzosamente poderoso, de una fortaleza física perfectamente mensurable, lo honesto coincidir con la riqueza y la buena fama, y la pureza de vida acompañarse de robusta salud y universal veneración. El hombre maduro y cuerdo conoce el abismo que separa entre sí estos valores, y llega incluso a esconder su tesoro para que la vanidad y el mundanal ruido no alcancen a corromperlo. El verdadero amor a la vida, al mundo, a los hombres y a las cosas aprende muy pronto a menospreciar el triunfo o a aceptarlo, si acaso no se presenta con elegante ironía: no es humildad fari-saica ni celosía egocéntrica, sino, sencillamente, realismo que salva los valores de la trampa narcisista. «Si algún día, Señor, tuviera éxito, haz que no me produzca ningún placer», rezaba en su diario el «filósofo de la acción». Maurice Blondel.

La personalidad madura sabe, además, que el fracaso, la desdicha y el dolor pertenecen esencialmente a la vida del hombre en la Tierra, que es siempre vida de «hombre de pena» (Ungaretti). Tan sólo la experiencia vivida logra en cada caso poner de manifiesto el aspecto positivo de la falta de éxito y muestra la limitación de nuestras posibilidades, la necesidad del mutuo apoyo, la humanidad de la comprensión y del perdón, la exteriorización y lo azaroso de muchos triunfos brillantísimos, lo inefable de muchas situaciones decisivas. Frustración, enfermedad, desilusión, infortunio y descalabro llevan en el seno el germen de una infinidad de capacidades humanas desconocidas, sobre las que no pocos espíritus pacientes y arrojados supieron edificar lo mejor de sus vidas. «Hay una dicha clara y una dicha oscura, pero el hombre incapaz de saborear la oscura no es tampoco capaz de saborear la clara» (Gertrud von Le Fort).

El fracaso más grande de la historia: la muerte en cruz del Hijo de Dios, entre dos ladrones, escándalo y locura para la mundanal sabiduría, se convirtió en columna del mundo, en esperanza y salud de toda la Humanidad. Sin embargo, pulula todavía en no pocas sacristías posconstantinianas la diabólica idolatría del éxito: quien, como misionero o apóstol, lo alcanza, es bueno, quien, en cambio, come el pan amargo de la soledad y de la incompreensión, es inepto y «alienado» o está privado del carisma divino. ¿No es la cruz hoy y siempre el único signo de la victoria cristiana? Esta victoria, no obstante, se alcanza a cien leguas de distancia de la caricia del éxito, de la glorificación del puro esfuerzo, que culmina en la triste autocomplacencia del Sísifo de Camus. «Lo único que importa es el compromiso absoluto», escribió Sartre sobre la arena muerta de su romántica desesperación, a la que parecen corresponder hoy día, y con notable retraso, ciertas «pastorales sin celo», solamente atentas al compromiso socio-político. El verdadero «engagement» implica siempre esperanza, aunque su cumplimiento permanezca a veces escondido y sólo captable por la fe más nocturna.

El recóndito significado del fracaso, de la desdicha y del dolor se nos revelará únicamente cuando, como decía Job, veamos el rostro de Dios. Ahora y aquí nos toca ir al encuentro de este misterio con reverencia infinita, sin dejarnos oprimir por tantas angustias neuróticas y tantos abatimientos en el plano mensurable de los éxitos temporales.

«Enseñanos a comprometernos

y a no comprometernos.

Enseñanos el sosiego

aún sobre esta roca.

Nella Sua voluntade e nostra pace.»

(T.S. Elliot)